

Palabras del Dr. Gustavo Chiozza en ocasión de la inauguración del ciclo lectivo de la escuela de posgrado.

11 de abril de 2019

Tenemos que dar inicio al nuevo ciclo lectivo de la escuela. Bueno, la verdad que no sabía muy bien qué iba a decir hoy. Tampoco me parecía tan importante, a menos que encontrara algo importante para decir. Lo que sí, me daba un poco de curiosidad esto de no saber qué iba a decir. Me pregunté qué me pasaba; en general no me suele pasar, así que me pregunté si estaba desanimado, si era víctima de la falta de entusiasmo. Me pareció que no, porque el año pasado no di clases y la verdad que lo extrañé y estaba con ganas de empezar. Estaba más enfocado en cómo iba a dar el seminario, qué artículos podía traer, cómo lo iba a encarar. Tenía ganas de encontrarme con los alumnos, como se dice en el deporte, salir a la cancha, que suene el silbato y que empiece a rodar la pelota, ¿no?

Leí las palabras que había dicho en los dos años anteriores, a ver si me inspiraba un poco. Las cosas que hablamos en aquellas oportunidades, además de profundas, me parecieron que todavía seguían vigentes, todavía no tenemos nuevos alumnos, todavía seguimos siendo pocos profesores y todavía seguimos siendo sensibles a la falta de entusiasmo. Claro, son temas tan profundos, como decía, que uno no espera que se vayan a solucionar de un año para el otro o en dos años tampoco.

Hace un mes tuvimos una reunión muy larga con los alumnos, en la que hablamos mucho, y después tuvimos una reunión también muy larga con los profesores, en la que hablamos mucho, se dijeron muchas cosas. Y entonces comprendí un poco qué es lo que me pasaba, que es que ya había hablado mucho y que ya estábamos empezando a repetir lo mismo y que había llegado el momento de ponerse a hacer, de pasar del dicho, al hecho. Y en ese punto me acordé de una frase de Fidel Castro. La historia es así, en el año 1997 yo viajé a Cuba, de vacaciones. La primera parte del viaje iba a ser en Cayo Coco, que es una isla del archipiélago cubano, que está a 35 km. de la isla principal. Viajamos en avión desde Bs. As. al aeropuerto de Santiago y de ahí nos llevaron en un micro, con un guía, por tierra. Y cuando llegamos al final de la costa de la isla de Cuba, la isla principal, teníamos que ir a Cayo Coco, no había un puente, había un camino, un camino en el medio del mar. Bastante impresionante, era un camino de unos 12 metros de ancho que se adentraba en el mar hasta el horizonte, sin barandas, sin nada, era una pista de asfalto nomás. Antes de entrar ahí paramos y el guía nos muestra un cartel, donde estaba esta frase de Fidel. La fui a buscar, por si no me la acordaba bien, pero me la acordaba bien, dice *“Aquí hay que echar piedra al mar sin mirar para adelante”*. Dado que fui a buscarla, leí un poco más, y parece ser que la frase causó bastante sorpresa en su momento. Parece que para la revolución cubana la expresión “para adelante” era una expresión muy utilizada y que era un símbolo de la revolución: “¿Para dónde vamos, Fidel?”, “para adelante”, “¿para dónde hay que ir?”, “para adelante”. Para adelante estaba todo lo bueno, todo lo que la revolución iba a traer y entonces había que mirar para adelante, y este no mirar para adelante era lo que desconcertaba.

Si llevamos esto al psicoanálisis, entendemos que toda acción persigue un fin y que este es el sentido de la acción. Una de las definiciones de “sentido” es la dirección en la que me encamino. Entonces la acción que persigue un fin, ese fin está para adelante, está en el futuro. Y esto es una manera de ver las cosas que debilita un poco el mismo esquema. Todos conocemos la representación del burro, que se le pone el palo con la

zanahoria y si la zanahoria está muy lejos, el burro no camina, para que el burro camine, tiene que estar más cerca. Y eso, porque es un burro, si fuéramos nosotros y damos un paso y vemos que la zanahoria se aleja, no caminaríamos más. Entonces esta manera de ver las cosas, en función de este resultado y que este resultado esté en el futuro, es algo que funciona medio mal cuando las metas requieren de esfuerzos prolongados en el tiempo. Porque cuando las metas requieren esfuerzos muy prolongados y el resultado queda muy lejos en el futuro, se empieza a perder el sentido. Si el sentido es el significado, empieza a perder significado. Entonces la unidad del esfuerzo se empieza a volver insignificante. Por ejemplo, el hecho de que hoy nos quedemos en el seminario o nos vayamos, el hecho de que intervengamos o nos quedemos callados, el hecho de que prestemos atención o miremos el celular, ¿en qué va a cambiar que tengamos más pacientes o que tengamos más alumnos? La unidad del esfuerzo se hace insignificante. Y esto lleva, como sabemos en su expresión más grande, a la pérdida del sentido de la vida: ¿para qué voy a trabajar tantos años y comprarme una casa y comprarme un auto, si total me voy a morir? Entonces, frente a la idea de que en el futuro nos espera la muerte, todo esfuerzo empieza a perder su sentido.

Fíjense que esto no sucede, por ejemplo, si yo digo “tengo hambre”, no digo “¿para qué voy a comer, si después voy a volver a tener hambre?”. Porque yo sé que si yo como, me voy a sentir bien, aunque después tendré que comer de nuevo, pero ahí no me pasa esta situación. Entonces tenemos otra definición de “sentido”, que sentido es lo que siento, es la sensación. Si nosotros ahora iluminamos estas metas prolongadas desde esta cuestión de la sensación, del sentido como el sentirse mejor, entonces ya no se trata de qué quiero obtener con lo que hago, sino de qué quiero hacer con mi vida. Y, como ustedes ya saben, ya lo he escrito, cuando yo digo “tengo que estudiar, pero me quiero ir al cine”, la sensación más genuina no es que lo del cine me da placer, porque si tengo que estudiar, no me voy a sentir bien. Y si dejo la facultad porque es mucho esfuerzo, después se me presenta el problema de qué quiero hacer con mi vida, que no es ir al cine. Y encontrar qué hacer con nuestra vida es sobre todo tener algo para hacer.

Creo que este es el sentido que tenemos que buscar frente a esas metas que requieren esfuerzos complicados o esfuerzos prolongados en el tiempo, que es no enfocarse en el resultado, hacer algo porque es lo que elegimos hacer, hacer algo porque podemos hacerlo o, mejor inclusive, hacer algo para ver si podemos hacerlo. Si planteamos las cosas así, entonces es como si estuviéramos trayendo el futuro al presente o, mejor dicho, estamos independizando nuestras metas de los resultados.

Echar piedras sin mirar para adelante es confiar en que el esfuerzo tiene un valor, en que aunque el resultado no sea visible, lo que hacemos tiene un sentido, es buscar el sentido de lo que hacemos no sólo en el resultado -no sé si lo logro transmitir bien-, es hacer algo porque es lo que elegimos hacer y también porque, hasta que no elijamos otra cosa, no tenemos nada mejor que hacer. Creo que ser generosos con el esfuerzo tiene que ver con esto. Si nosotros a cada paso que damos nos preguntamos “¿Faltará mucho? ¿Llegaré? ¿Estaré yendo bien? ¿Será para acá? ¿Será para allá?”, “el que no sabe dónde va, no tiene vientos favorables”, decimos últimamente. Y cuando nos estamos reevaluando todo el tiempo la ruta, no le estamos pudiendo imprimir a nuestra marcha nuestro máximo esfuerzo. Así que esto es lo que un poco quería decir.

Volviendo un poco al tema de inaugurar el ciclo, ya lo inauguramos, entonces dejemos de hablar, dejemos de hablar de lo que vamos a hacer o de lo que deberíamos hacer -peor todavía- y empecemos a hacerlo. Muchas gracias.